



# LA ALFORJA.



## PERIODICO EVENTUAL.

NUM. 7.

AYACUCHO SABADO 4 DE NOVIEMBRE DE 1848.

PARTE 1.



## NECROLOGIA.

*Recuerde el alma adormida,  
Avive el seso y despierte  
Contemplando  
Como se pasa la vida,  
Como se viene la muerte  
Tan callando.*

Jerje Manrique.

El 30 de octubre próximo pasado falleció el respetable é ilustrado eclesiástico don Juan Ignacio García de los Godos, ocasionando á sus amigos, y á esta ciudad cuyo oráculo fué, un sentimiento tanto mas profundo, cuanto que ha sido grande bajo muchos aspectos la pérdida que con su muerte se ha sufrido. Impulsados nosotros por un deber de amistad y de justicia, nos atrevemos á consagrar á su memoria estos lieros y mal formados rasgos, hijos de nuestra gratitud, no como quien decora con flores y follajes el suntuoso catafalco de un magnate, sino como quien echa un puñado de tierra en la humilde huesa que oculta los restos mortales de un amigo. Estrechar siquiera mentalmente la mano de la amistad, que parece tiernamente estendida acia nosotros al través del polvo que la cubre, es la única triste satisfacción que sentimos y esperamos.

Nació don Juan Ignacio García en Huancavelica el 23 de junio de 1775, siendo sus legítimos padres d. Antonio García y doña Manuela Gomez. Habiendo de formarse por sí mismo, con cibió desde muy temprano afición á la lectura y

al estudio, fortificándose en él este laudable hábito en el convento de Agustinos de dicha ciudad, donde aprendió la gramática latina, y los primeros rudimentos de otras ciencias. Cuando se ordenó de presbítero, hizo lo contrario de lo que hacen muchos individuos de nuestro clero, que dejan los libros desde que reciben los sagrados órdenes; pues nuestro presbítero se entregó desde entonces con mas ardor al estudio, siendo iguales en su predileccion la ciencia del sacerdote, que es la teología, y la ciencia del letrado que es la jurisprudencia. Pero no queriendo reducirse á ser un teólogo escolástico semibárbaro, ni un jurista seco, desabrido é indigesto, limitado al estrecho círculo de su instituta, de sus codigos, de su Febrero y de su Curia Filipica, cultivó los otros ramos del saber humano, que prestan á estas dos ciencias mayor lustre, mayor ornato, y mayor belleza é importancia. Hizo pues sus incursiones en la física, en las matemáticas, en las bellas letras y especialmente la poesia, en la política, en la historia, en las antigüedades sagrada, eclesiástica y profana y en el estudio de varias lenguas.

En su calidad de letrado mereció ser miembro honorario del ilustre colegio de abogados de Lima, y desplegó sus conocimientos adquiridos en esta profesion en una multitud de alegatos, pocos de los cuales han visto la luz pública, aunque todos ellos pueden presentarse á la juventud estudiosa como modelos de esta clase de producciones por la pureza y fluidez de su estilo, por el orden luminoso con que están espuestos los hechos y las pruebas, por la destreza con que se manejan las armas de la dialéctica, por la prudente economía de los adornos y galas retóricas, por el tesoro de erudicion sembrado en ellos con oportunidad y parcimonia, y por la sal y agudeza empleadas de vez en cuando, pero con el debido decoro, en las contestaciones y réplicas á los argumentos contrarios. Versadísimo en el derecho canónico aplicado á las necesidades particulares de la Iglesia Peruana, y en la tramitación especial de todos los juicios eclesiásticos, desempeñó dignamente por el espacio de mas de veinticinco años el cargo de Promotor fiscal en este obispado, siendo por sus sabios y eruditos dictámenes la luz del Provisorato, cuyos procedimientos dirigió acertadamente en los asuntos mas complicados y difíciles. Muy apreciable é instructiva debe ser la coleccion de las piezas trabajadas por él en este ramo tan interesante del derecho.

Como diputado por Huancavelica al congreso constituyente de 1828, y á la convencion nacional de 1834, y como Consejero de Estado en una y otra época, fue uno de los representantes de la nacion que contribuyeron con mayor contingente de luces á la formacion de esas dos cartas ó leyes fundamentales, y concurrieron por entonces con sus acertados consejos á la marcha regular de los negocios públicos. Destinado en esas dos asambleas á las comisiones de mas importancia, se granjeó por la estension de sus conocimientos, por la rectitud de sus miras y por la utilidad de sus mociones (como la que hizo para que las sentencias fuesen motivadas), las simpatías y distinciones de nuestras mayores notabilidades literarias, y mereció que el célebre d. Manuel Lorenzo Vidaurre lo calificase en uno de sus folletos con el honroso y expresivo epíteto de *el pensador*. Republicano por principios, y siempre firme en las filas del partido liberal, el programa de su fé política, y el objeto de todos sus cultos, fue una libertad sin sombra de despotismo, una libertad productora del orden y del progreso, que en brazos de la ilustracion nos hiciése salvar el inmenso abismo que separa el sistema monárquico del sistema popular en que nos habiamos lanzado. Profundamente penetrado de la responsabilidad que trae consigo en el drama político el papel de *representante de la nacion*, en todas sus tareas parlamentarias solo estuvo atento al bienestar de su patria, y nunca se acordó de sus medras particulares, ni se humilló ante el poder para recoger sus migajas, contentándose en su carrera con los curatos mas pobres, como lo fue el de Santiago, y lo fue últimamente el de la parroquia de Santa Ana, que le proporcionó la ventaja de vivir en esta ciudad.

Dueño de una vasta y escojida librería, recorría dentro de su casa toda la república de las letras, pasando de una provincia á otra, y procurando no ser muy forastero en ninguna. Así llegó á adquirir una gran erudicion en toda clase de materias literarias y científicas, siendo difícil que hubiera alguna de que no pudiese dar noticias satisfactorias, bien consignadas en sus curiosas apuntaciones, que servian de registro á su privilegiada memoria, que conservaba y reproducía fielmente todas las especies que le habia encomendado. Nunca escatimó sus luces á los que iban á consultarle, antes los acogía afable y condescendiente, y daba pronta solucion á sus dudas, dejando á un lado otras útiles ocupaciones que abarcaban su tiempo. Cuando se reunía por parte de noche con algunos amigos de su intimidad, su conversacion, siempre interesante, siempre instructiva, siempre amena, mezclada de peregrinas y felices ocurrencias, y de anécdotas graciosas y oportunas, nunca podía fastidiar á nadie, nunca decaer ni desmayar, fuese cual fuese el objeto de ella. Cuadrábale exactamente lo que cierto abogado de Paris dijo de un hombre grande de su tiempo: *Familiares ejus colloquium nunquam advertenti inane otiosumque fuit*. Ya que hablamos del atractivo de su trato, y del poder de su persuasiva, podemos añadir aquí, que como antiguo patriota, lleno de conviccion y de fé en las promesas del porvenir, habia inoculado en conversaciones particulares á todos sus amigos, aun antes de que nos amaneciese la aurora de la Independencia, esa su pasion por la libertad, que es la pasion de los corazones jenerosos: y habia logrado popularizar y aclimatar en Huancavelica y Ayacucho las ideas republicanas.

Profesó un afecto entrañable á los pobres indíjenas, aliviándolos en todas sus cuitas por los medios que estaban á sus alcances, encar-

gándose gratuitamente de sus defensas, y haciéndoles habilitaciones de dinero sin exigirles intereses cuando lo necesitaban para emprender algun trabajo lucrativo. Mucho tendríamos que decir de la sincera compasion que exitaba en su alma sensible esa raza infeliz sumida en el ilotismo político, y constantemente amarrada á la argolla del sufrimiento, de quien se puede afirmar lo que Mr. Cormenin dice de la triste Irlanda: "que sin duda su opresion es uno de los secretos de esa Providencia que se burla de la justicia humana, y que no prueba aquí en la tierra la paciencia y la virtud de los oprimidos" mas que para reservarles las eternas recompensas de la herencia celestial." Su exquisita sensibilidad se estendia tambien á los animales domésticos, tan serviciales como mal correspondidos y mal tratados: nunca se le vió cabalgar con espuelas, porque le parecia que ensangrentar los ijares de un bruto inocente de quien se está recibiendo actualmente un servicio, no solo era un rasgo de fiera crueldad, sino tambien un acto de negra ingratitud.

Justo apreciador de la lengua Peruana, ó *quechua*, tan olvidada y menospreciada por los literatos del Perú, que nunca se han ocupado de estudiar su índole peculiar, ni de analizar sus bellezas; nos ha dejado muchas piezas en verso, así relijiosas como profanas, trabajadas por él en esa lengua que se presta admirablemente á la poesia por su estremada dulzura, por la suavidad y variedad de sus inflexiones, y por ser tan propia para pintar con energia las pasiones del alma por medio de imágenes vivas y tiernas. Aunque, careciendo de voces para espresar ideas abstractas y metafísicas, tiene que mendigarlas de la lengua castellana; no por eso se ha alterado sustancialmente su sintaxis característica, pues solo ha recibido unas ligeras modificaciones, ó amestizaciones, si podemos decirlo así, que no dejan de tener gracia y donosura. Los que la poseen y la hablan con alguna propiedad, leerán con gusto no solo las producciones poeticas del doctor García, sino tambien las pláticas morales que hacia á sus feligreses, y que las trabajaba con esmero procurando acercarse en lo posible á la pureza de la *quechua*. En sus ocios se ocupó tambien a las veces de poetizar en latin y castellano; pero ni tenemos á la vista sus apuntaciones para calificar el mérito de esas piezas, ni él mismo parece que dió mucha importancia á los lijeros destellos de su aficcion á la Gaya Ciencia. Su verdadera musa fue A-trea, y viendo á no dudarlo, despues que volvió en sí de un fuerte acceso de apoplejía, que la muerte habia entrado ya con él al abordaje, confió todavia en la firmeza de su robusta mente, é hizo esfuerzos para despachar un expediente atrasado dictando un recurso en las últimas horas de una vida, que cual río caudaloso que ha terminado su larga carrera, iba desembocando ya en el insondable oceano de la eternidad.

Confortado con los auxilios que para esas horas solemnes ha preparado providamente la Iglesia católica, el doctor García que nunca dejó de pertenecer á su gremio, y que siempre la respetó como á madre piadosa, dió, rodeado de sus aflijidos amigos, el último adios á la existencia con la tranquilidad propia de los hombres virtuosos. Sea lijera á sus cenizas la tierra, y goce su alma en el cielo de esa luz indeficiente y de esa libertad verdadera, que fueron los objetos de su ardiente anhelo en esta vida mortal. Y nosotros logremos imitarlo en su concentrado odio á la tiranía, en su desinterés político, en su tierna compasion para con los ilotas

del Perú, y en su inestinguible deseo de saber.

---

A LA MUERTE DEL Sr. Dr. D. JUAN  
Ignacio García, cura que fue de la parroquia  
de Santa Ana de esta ciudad de Aya-  
cucho, y promotor fiscal de este obispado.

Si en alguna ocasion, muerte homicida,  
Debiste ser á muerte condenada,  
Nunca con mas justicia conocida,  
Que en la ocasion presente, en que quitada  
Fue, por tí impia, tan preciosa vida,  
Vida que debió ser eternizada;  
Pues has hecho un estrago irreparable  
Llevándote un *Ingenio* inagotable.  
Cortó de un golpe solo tu guadaña,  
Contra todo derecho de justicia,  
A un sabio, si el afecto no me engaña,  
El mas consumado en *Jurispericia*;  
Con lo que ahora ejecutó cruel! tu saña  
Puede quedar saciada tu malicia  
Y dejar que lloremos con profundo  
Dolor, al Salomon del *Nuevo-Mundo*.  
En otros hombres grandes tu indolencia  
Mató una facultad determinada;  
Mas en éste grande hombre toda ciencia  
Mataste de una vez: ¡demasiada,  
Y al parecer, sacrílega insolencia  
Nunca bastantemente ponderada!  
O! golpe para el orbe literario  
Extraordinariamente extraordinario.  
Este sabio, que fue tan noticioso  
Como sabio perfecto y consumado,  
Ha conseguido hacerse mas famoso  
Con la rara modestia que ha mostrado:  
Tanto mas retirado y estudioso  
Fue, cuanto era de todos mas buscado,  
Contento de vivir en compañía  
De su hermosa y selecta librería.  
En ésta hallaba todo su recreo,  
Sin que pudiese impulso soberano  
Moverlo á que admitiese algun empleo,  
Ni grande, ni pequeño, ni mediano  
Incompatible con aquel deseo,  
Muy propio de un filósofo cristiano  
De no dejar de estar metido dentro  
De su gran Biblioteca, ó de su centro,  
El hebreo quedó sin alma en fin,  
El griego y el frances sin enerjía,  
Sin alientos vitales el latin,  
Homero y Virjilio sin compañía;  
El foro yace sin su paladin,  
Y el Perú sin la gloria que tenia  
De poseer en este sabio solo,  
Todos los sabios que hay de polo á polo.  
Lo que en otros se encuentra dividido,  
Se hallaba en éste unido y agregado,  
Porque eran sus potencias centro y nido  
De cuanto hay que saber en lo criado:  
A todos y á sí mismo se ha escedido  
Aquel entendimiento aigantado,  
Y en su espíritu grante se hizo eterno.  
Todo lo antiguo y todo lo moderno.  
Como Roma se vió sin oratoria  
Cuando de Marco Antonio la violencia  
Cortó aquella cabeza meritoria  
Erario universal de su elocuencia;  
Asi se vé el Perú hoy sin historia,  
Porque faltó el que fue sin competencia  
La biblioteca viva y esquisita,  
En que la antigüedad estaba escrita.  
A todos ha escedido este grande hombre  
En una circunstancia muy notable,  
Que debe conciliarle eterno nombre  
Eternamente en todo lo habitable:  
Porque, para que el mundo mas se asombre  
Tuvo la habilidad incomparable

Éste, con propiedad, profundo abismo  
De haber sido maestro de sí mismo.

O! ciudad jenerosa, Huamanguina!  
Faltóte el *Sol* que mas te iluminaba;  
Faltóte aquella *Luna* cristalina,  
Que mas luz para tí reverberaba;  
Faltóte aquella *Estrella* matutina,  
Que todas tus tinieblas disipaba;  
Faltóte, en fin, el que te dejó llena,  
Con su gran falta, de dolor y pena.  
A vos ¡ó gran Perú! suelo dichoso,  
Por haber producido éste portento,  
En lance tan funesto y lastimoso,  
¿Qué te podra decir mi pensamiento?  
Solo puedo decirte que es forzoso  
Que eternizes en tí tu sentimiento:  
Porque es constante, que hasta el fin del mundo  
No has de producir ótro mas fecundo.  
Y á tí Huancavelica, noble cuna  
En que logró tener su nacimiento,  
El que sólo debajo de la luna  
No tuvo igual en el entendimiento,  
Te toca cotejar esta fortuna  
Con el golpe de su fallecimiento,  
Para que esta desgracia en tu memoria  
Haga mas inmortal aquella gloria.

#### OTRO AL MISMO ASUNTO.

Muerte voraz insaciable,  
aguarda un poco, detente;  
no partas tan velozmente  
con sujeto tan amable  
depon tu saña implacable,  
no con rigor furibundo  
robes un genio fecundo  
al grande pueblo Peruano,  
un padre al Ayacuchano,  
y un sabio al Nuevo Mundo.  
Vuelve por el cielo santo,  
y aunque mas hambrienta estés,  
ablándete alguna vez,  
triste ruego, tierno llanto.  
Tras tí corren sin espanto,  
con ardoroso deseo,  
mil vidas que por trofeo  
se dan por tu ilustre presa:  
no intimida su entereza  
tu semblante horrible y feo.  
¿No te dan vidas sin cuento  
los ministros de tu saña,  
no cosecha tu guadaña  
víctimas cada momento?  
si ya tu imperio macilento,  
de tanta sombra no cabe,  
no permitas que se acabe  
vida tan preciosa y cara;  
que hace gran falta, repara,  
un hombre que tanto sabe.  
Muéstrate compadecida....  
mas, ¡ que veo!.... ¡veloz huyes?  
te vas y no restituyes  
ecsistencia tan querida?....  
espera, cruel homicida....  
mas, ya no escucha mi voz!....  
pareca impia, muerte atröz,  
sangrienta, inhumana fiera,  
dame el consuelo siquiera  
de llevarnos á los dos.  
¿Que remiso es mi dolor  
en instante tan fatal,  
creyera no ser mortal  
pues no muero en tal rigor!  
Cielos! sí me dais valor  
para ecsistir todavia,  
haced que desde este dia,  
mis ojos tomen á cargo  
de llorar con llanto amargo  
al señor don Juan García.

J. P. T.

## El beneficio del pobre.

¿Será digno de alabanza el hombre rico que alguna vez deja ablandar su corazón para dar una limosna? ¿no cumple con su deber? ¿no ha contraído con la humanidad una especie de deuda que todo le prescribe la obligación de cumplirla? Pero que el pobre se someta á esta especie de censo impuesto á la fortuna, que compre al precio de su necesario y aun de su misma subsistencia, el gusto de ser sensible y el de aliviar á sus semejantes: entonces se presenta la virtud en todo su esplendor, el hombre en toda su dignidad, y entonces es cuanto sin contradicción merece los mayores elogios.

En una miserable aldea y bajo un techo de paja, vivían en la más perfecta unión y la más horrorosa pobreza, dos esposos enfermos y octojernarios que parecían realizar la interesante fábula de Filemon y Baucis. Sus hijos se hallaban dispersos y no estaban en el caso de ayudar á sus padres con el fruto de su trabajo, que á penas alcanzaba para subsistir ellos mismos. Los dos honrados indijentes, aunque oprimidos del peso de la miseria, no podían vencer esa repugnancia efecto de una sensibilidad delicada, no les era posible sufrir la idea de pedir limosna, ni se sostenían más que de los débiles socorros que de vez en cuando les llevaban algunos de sus vecinos. Verdad es que estos infelices vivían con poco y que un pedazo de pan les bastaba las más veces para mantenerse dos ó tres días. Rara vez sucede que el beneficio sea cuidadoso y vigilante: había ocasiones en que eran olvidados estos dos ancianos y se hallaban sin el menor socorro; pero estaban tan acostumbrados á su miseria, que los más de los días se acostaban en ayunas. Jerónimo (así se llamaba el anciano) en medio de tan terrible necesidad, conservaba una alma tranquila y hasta cierta jovialidad que parece no estar destinada sino á los hombres mimados por la fortuna. La felicidad que procura la virtud, es superior, sin disputa, á todas las demás ventajas.

El cura del lugar, pasando una tarde por delante de la choza de esta pareja desdichada, oye cantar: reconoce la voz del anciano que con un tono ronco y carrasqueño gorjeaba una antigua canción:

—Celebro que esteis tan alegre, tío Jerónimo, le dice entrando en la casita; ¿no me direis el motivo?

—Ah señor cura... esta es la hora en que todos comen... y yo procuraba no pensar en ello; verdad es que mi pobre Catalina... pero ella me aseguró que no tenía hambre: sin esto no habría tenido la menor gana de cantar.

—Seguidme, mis amigos, os daré algun bocado y también una copa de vino para que brindéis á mi salud.

Jerónimo, después de mil agradecimientos, se trajo cuanto le dió el cura. Este repara que el anciano se encamina á otra parte que á su casa; lo sigue de lejos y vé al buen hombre arrastrarse ácia un tugurio miserable en el que sabía que una pobre madre y sus dos hijos estaban sin comer desde el día precedente: el eclesiástico oyó que les decía.

—Recibid, vecina, esto que el señor cura me ha dado: con el tercio tendremos de sobra mi mujer y yo, pues no tenemos tanto apetito como deben tener esas pobres criaturas....

El cura se presenta repentinamente y corre, llorando de admiración, á estrechar en sus brazos al caritativo Jerónimo.

—Guardad para vos, le dijo, lo que os dignásteis de recibir de manos de vuestro amigo: yo procuraré despa-  
char lo necesario para el sus-

tento de esta pobre familia; ah! hijos míos! que no pueda hacerlos felices á todos!...

Cuando el cura se halló solo con Jerónimo —Excelente hombre, le dijo, vuestra caridad no debía ser tanta, que os quedáseis sin nada.

—Oh! señor cura! nunca os podréis imaginar el sumo placer que he sentido aliviando á estos infelices. Yo os aseguro, que estoy más satisfecho que si hubiese comido cuanto me disteis!

Catalina merecía ser la mujer de un hombre como Jerónimo. Un día que se hallaba sola en su choza, sabe por una de sus vecinas, que un mendigo de un pueblo distante, acompañado de su mujer y de tres hijos, estaba en una granja acometido de una terrible calentura y tendido sobre un montón de paja. Al momento el corazón de la sensible Catalina se conmueve y se agita: jamás había aborrecido su pobreza sino esta vez, pues no estaba acostumbrada á ver personas más desgraciadas que ella y su marido. Se trasporta al lugar donde se hallaba tendido este infeliz, con el fin siquiera de consolarlo, de manifestarle su piedad y de prodigarle sus lágrimas. La sensibilidad es ingeniosa! ¿quien ha podido enseñar á Catalina que la compasión endulza las penas, que es una especie de beneficio, más delicado, más tierno quizá que un socorro material? La esposa de Jerónimo tiene el corazón despedazado al aspecto de ese desventurado; ella desaparece súbitamente de la granja sin decir palabra y corre hasta su casa. La infeliz no tenía por todo abrigo de su cama más que dos mantas viejas y groseras: saca una de ellas y regresa volando al lado del enfermo; lo levanta ella misma con una mano desfallecida, le acomoda la manta debajo del cuerpo diciendo entre suspiros, "Ah! pobre hombre, la paja al menos no se pegará á tu cuerpo estenuado!"

El primer movimiento de Jerónimo, sabiendo esta liberalidad de su mujer, es molestarse y regañar; pero pronto se arrepiente, se reprocha esta incomodidad involuntaria, y pide perdón al cielo y á su mujer; tan cierto es que la piedad es un sentimiento innato en las grandes almas! Este respetable anciano busca en su cabeza como reparar su falta y añadir algo al beneficio de su esposa Catalina; se acuerda que en un rincón de su choza, existe un antiguo barril en el que, en tiempos más felices, guardaba el vino hecho por sus propias manos: lo rompe y lleva corriendo las astillas á casa del propietario de la granja donde estaba el enfermo.

—Os traigo esta leña, le dice, para que si alguno diere á este pobre hombre con que tomar un caldo, haya con que calentar su marmita. Siento en el alma no poder hacer más, ni tener otra cosa que darle.

Al fin murió el mendigo; su mujer devolvió la manta á Catalina, colmándola; juntamente que á su marido, de bendiciones.

—Guardadla, guardad esa pobre manta, mi querida amiga, le dijo Jerónimo, doblándola y alargándosela; podéis enfermar también y os servirá entonces para abrigaros. Ah! el ánimo de vuestro pobre marido ya descansa en paz; pero yo habría querido rescatar su vida á costa de mi propia existencia.

Existen pues almas puras que descubren su origen celestial. ¿por qué unos seres tan virtuosos y que son el honor de la humanidad no llevan una existencia menos desgraciada y más feliz? Solamente los perversos y los hombres de un corazón duro, deberían padecer y desaparecer de la tierra.